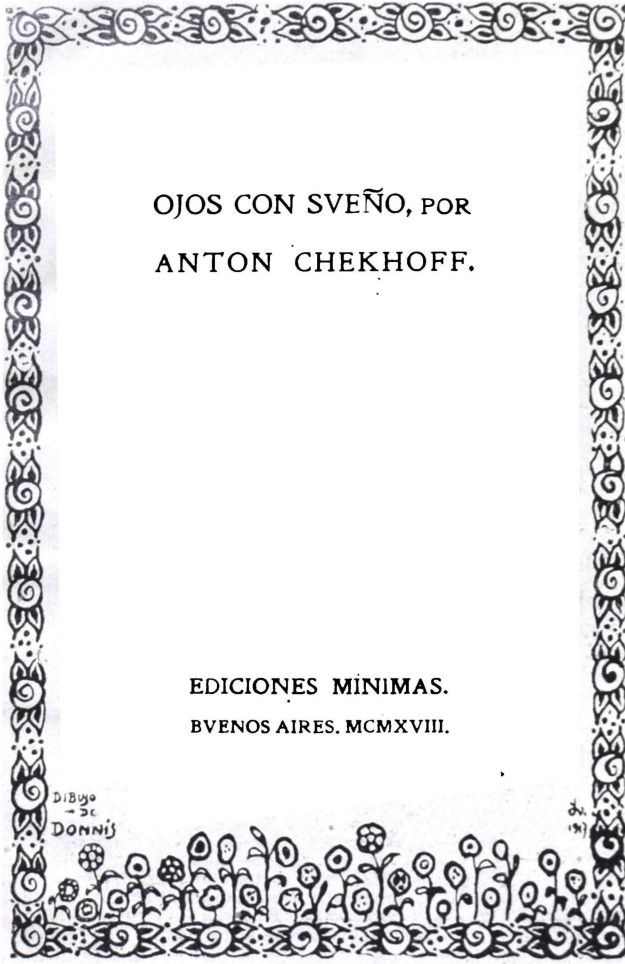


EDICIONES MINIMAS  
CUADERNOS MENSUALES DE CIENCIAS Y LETRAS  
DIRECTOR: Leopoldo Durán

ANTON CHEKHOFF

# OJOS CON SUEÑO

BUENOS AIRES  
1918



OJOS CON SVEÑO, POR  
ANTON CHEKHOFF.

EDICIONES MINIMAS.  
BUENOS AIRES. MCMXVIII.

DIBUJO  
- DE  
DONNIS



92

*La literatura rusa contemporánea ha glosado en casi todas sus obras esta dolorosa frase de Lamennais: "Mi alma ha nacido con una llaga..." Así en las páginas de Lermontof, Gogol, Dostoiewsky, Turgueneff, Tolstoi, Chekhoff, Gorky, Andreieff y Skitaletz, principalmente. Todos ellos han reflejado la angustia de un pueblo que, según expresa Gogol, "se siente arrastrado a lo desconocido como la impetuosa troika, a la cual no alcanza nadie." Hemos titubeado antes de escoger al novelista que representaría a Rusia en nuestra colección, pero optamos al fin por Chekhoff, cuyo valimiento, a pesar de ser mucho, aún no ha sido apreciado entre nosotros, por cuanto sus novelas recién comienzan a ser traducidas al castellano. Antón P. Chekhoff nació en 1860. Sus padres, simples campesinos, diéronle sin embargo una educación esmerada, llegando a doctorarse en medicina, profesión que abandonó muy pronto para entregarse a la vocación de las letras. Su profundo conocimiento de todos los medios sociales y la impresión que le causara la injusticia de las diferencias establecidas entre los mismos, está de manifiesto en sus obras, en las cuales se descubre la amargura que saturaba su alma y la piadosa simpatía que le inspiraban la agazapada existencia del proletariado de las ciudades y la vida sombría del clan de las estepas. Entre sus cuentos ha dejado algunos que nos muestran aspectos ridículos de los hombres, bien observados y trasladados. La concisión sin preciosismos de su estilo, dábale vigor y concentrando interés a sus relatos. Chekhoff murió de tisis en Badelweiler (Rusia), a los cuarenta y cuatro años de edad.*

## OJOS CON SUEÑO

**M**EDIA noche. La niñera Varka, que tiene trece años, mece la cuna y canturrea en voz apenas perceptible:

“Na... na... Na... na,  
duerme niño chiquito,  
hasta mañana...”

Al pie del icono arde un quinqué con pantalla verdosa. A través del cuarto, de pared a pared, se extiende una cuerda de la que penden varios pañales y un par de pantalones grandes, negros. En el techo, sobre el quinqué, tiembla un manchón verdusco. Los pañales y los calzones proyectan sombras alargadas sobre la chimenea, sobre la cuna, sobre Varka... Cuando oscila la llama del quinqué, el manchón y las sombras se mueven, como si el viento los agitara. La atmósfera es sofocante. Se huele a ropa sucia.

El niño llora. Está roneo y débil de tanto llorar, pero continúa llorando, y no hay manera de hacerle callar. Varka tiene sueño. Se le cierran los ojos; se le dobla el cuello; le duele la nuca... Apenas puede levantar los párpados ni mover los labios. Tiene la sensación de que la cara se le ha petrificado, y de que la cabeza se le ha ido arrugando hasta convertirse en una cabeza de alfiler. “Na... na — balbucea — duerme, niño chiquito, hasta mañana”...

En una grieta de la chimenea chirria un grillo. En la habitación paredaña, tras de la puerta, ronean a pierna suelta el amo de Varka y Atanasio, el peón. La cuna rechina quejumbrosamente. Varka resonga... Y los dos sonidos se acoplan suavemente, formando una cantilena agradable a los oídos de los que duermen. Para Varka, esta música resulta irritante y opresiva, pues invita a dormir, y dormir es imposible. Si Varka, Dios no lo consienta, se durmiera, sus amos le pegarían.

La luz del quinqué temblequea. El manchón verde y las sombras recorren el cuarto; suben, bajan por

los muros, y penetran en los ojos semiabiertos e inmóviles de Varka, amasando en su cerebro adormilado imágenes borrosas.

Varka ve un montón de nubes negras que van por el cielo, las unas tras de las otras, llorando como el niño. De pronto sopla un huracán. Las nubes desaparecen, y Varka descubre una espaciosa carretera toda cubierta de lodo. A lo largo del camino, rueda una retahíla inacabable de carreteras. Infinitos hombres, con pesadas alforjas a los hombros, se arrastran penosamente hundiéndose hasta las rodillas en el lodazal.

Entre los hombres y las carretas, van y vienen gigantescas, enormes sombras sin forma. A ambos lados de la calzada, a través de una neblina espesa y aguanosa, se columbran los picachos de abruptas serranías. Súbitamente, las sombras enormes y los caminantes de las alforjas se hunden y desaparecen en el barro movedizo.

—“¿Qué quiere decir esto?” — se pregunta Varka.

“¡Van a dormir, van a dormir!” — responde una voz que retumba en los recovecos de las sierras.

Y los despeados caminantes descansan ricamente de la fatiga, duermen profundamente, aunque los cuervos, apostados en los hilos del telégrafo, graznan y quieren despertarlos llorando como el niño.

Na... na... Na... na,  
duerme niño chiquito,  
hasta mañana...

Ahora Varka se ve en un aposento obscuro y miserable. En el suelo yace moribundo su padre, Yéfim Stepanoff. Varka no puede verlo, pero oye sus movimientos y sus quejidos. Según sus propias palabras, tiene “una quebradura”. El dolor es tan intenso que ni hablar puede. De su garganta sólo sale un sonido silbante, inarticulado.

“Oh, oh, oh, oh...”

La tía Pelageya, la madre de Varka, ha ido corriendo a decirle al amo que Yéfim se está muriendo. Ya hace mucho tiempo que se fué... ¡Cuánto tarda! Varka, apoyada en la chimenea, escucha con angustia los quejidos de su padre. ¡Oh, oh, oh, oh!... Se oye el cascabeleo de un carruaje que se detiene a la puerta de la barraca. Es el médico, que está pasando unos días con el amo. El médico entra en la barraca: la

obscuridad es tan grande que Varka no puede verlo, pero lo oye toser y cerrar la puerta.

— ¡Traed una luz! — dice el doctor.

— ¡Oh, oh, oh, oh! — responde Yéfim.

Pelageya corre a la chimenea en busca de una caja de fósforos. Pasa un minuto en silencio. El médico se hurga en el bolsillo, saca una caja, y enciende un fósforo.

— ¡En seguida, en seguida! — exclama Pelageya, y desaparece por una puerta. Un minuto después entra con un cabo de vela.

Las mejillas de Yéfim están encendidas, sus ojos chispean, su mirada es tan penetrante que parece poder ver a través del médico, y a través del muro de la barraca.

— ¡Vamos a ver, hombre! ¿Qué te pasa? — pregunta el doctor inclinándose sobre Yéfim. — ¿Desde cuándo estás así?

— ¡Que qué me pasa? ¡Qué me ha de pasar, Señor! Que me ha llegado mi hora... Que me estoy muriendo...

— No digas tonteras, hombre... ¡Esto no es nada!

— Como usted mande, Señor. Gracias, muchas gracias... Pero yo no me asusto, Señor. Si tenemos que morir, ¡qué le vamos a hacer!... moriremos...

El doctor pasa con Yéfim una media hora. Después se levanta y dice:

— Yo no puedo hacer nada... Tienes que ir al hospital; allí te harán la operación. Pero tienes que ir a prisa... sin pérdida de tiempo. Ya es tarde, y todos los del hospital se habrán acostado... Pero no le hace. Yo te daré una carta: ¿Me oyes?

— “Batiushka”, ¿y cómo lo vamos a llevar al hospital — exclama Pelageya — si no tenemos caballo?

— No es preocupéis por eso. Yo le diré al amo que os preste uno.

El médico se marcha, la luz se apaga, y Varka vuelve a oír el monótono ¡Oh, oh, oh, oh! de su padre. Al cabo de media hora, otro carruaje llega a la puerta de la barraca. Es el carro para trasladar a Yéfim al hospital... El carro se lleva a Yéfim carretera arriba...

Y ahora comienza a rayar el alba de una hermosa mañana veraniega. Pelageya no está en la barraca; ha ido al hospital a ver cómo está Yéfim... Lloro una

criatura, y Varka oye a alguien que canta con su propia voz:

Na... na... Na... na,  
 duerme niño chiquito,  
 hasta mañana...

Pelageya regresa del hospital, se santigua y musita:

—Anoche estaba mejor. Al amanecer entregó su alma a Dios. El Padre Eterno lo tenga en su santa gloria... dicen que lo llevamos demasiado tarde... debíamos haberlo llevado antes... ¿Qué le vamos a hacer? Resignación...

Varka sale al bosque y llora. De pronto alguien le da un cachete en la nuca con tanta fuerza que su cabeza choca violentamente contra el tronco de una haya corpulenta. Abre los ojos, levanta la cabeza dolorida, y ve al zapatero, su amo, en frente de ella.

—¿Qué estás haciendo, bestia? — grita el amo. El niño está llorando, y tú durmiendo tranquilamente.

El zapatero, furioso, le da una bofetada. Varka meanea la cabeza, meca la cuna, y masculla su canturreo. El manchón verdusco del techo y la sombra de los calzonces y pañales, tiemblan, se mofan de ella, y pronto vuelven a apoderarse de su cerebro. Otra vez ve la carretera enfangada e interminable. Los mismos hombres de las alforjas y las mismas sombras informes yacen aún, profundamente dormidos en el barro movedizo. Al contemplarlos, Varka siente una ansias locas de dormir como ellos. Va a arrojarse al lodazal, cuando su madre viene a decirle que tiene que ir al poblado en busca de trabajo.

—¡Una limosna por amor de Dios! — va diciendo la tía Pelageya a todos los viandantes que tropieza en la carretera. — ¡Por amor de Dios, señorita, una limosna!...

—Dame el niño — truena una voz conocida. — Dame el niño — repite la misma voz furiosamente. — ¿Estás durmiendo, animal?

Varka pega un salto y, mirando a su alrededor, recuerda donde está. No hay carretera, ni tía Pelageya, ni más personas que su ama, que se ha levantado para darle de mamar a la criatura. Mientras la rolliza mujer del zapatero alimenta y calma al bebé, Varka permanece de pié, inmóvil, en medio del cuarto, aguardando a que concluya su ama.

Fuera, el cielo se ve azulado. En el cuarto, las sombras del suelo y de los muros y el lamparón verdoso del techo casi han desaparecido. Pronto será de día.

—Tómalo — dice el ama, abotonándose el corpiño.— No hay manera de hacerlo callar. Alguna vieja le ha hecho mal de ojo.

Varka toma el niño, lo acuesta, y comienza de nuevo a mecer la cuna. Las sombras y el manchón verdoso se han esfumado por completo, y ya no hay nada en el cuarto que distraiga su atención. Pero ahora, como antes, tiene sueño, siente unas ganas locas de dormir. Apoya la cabeza en la baranda de la cuna, y la mece empujando con todo el cuerpo, a fin de ahuyentar el sueño. Pero los párpados se le cierran, y la cabeza le pesa como nunca.

—¡Varka, enciende la chimenea! — grita la voz del amo al otro lado de la puerta.

Es decir: al fin es la hora de levantarse y comenzar la faena cotidiana.. Varka deja la cuna y corre en busca de leña al cobertizo. Está encantada. Cuando anda o corre no siente la falta de sueño tan intensamente como cuando está sentada. Entra la leña, enciende la chimenea, y se da cuenta con regocijo de que la cara, que antes parecía de piedra, se le va desentumeciendo, y de que sus pensamientos comienzan a aclararse.

—¡Varka, prepara el samovar!

Varka astilla la leña, y apenas le ha prendido fuego para preparar el samovar, se oye una voz que manda:

—¡Varka, limpia los zapatos!

Varka se sienta en el suelo; y mientras embetuna el calzado piensa cuán delicioso sería poder zambullir la cabeza en uno de los enormes, profundos zapatones de su amo, y quedarse así dormida durante un rato... Y, súbitamente, el zapato que tiene en la mano crece, se infla y llena todo el cuarto. Varka deja caer el cepillo; pero en seguida sacude la cabeza, se restriega los ojos, y mira fijamente al zapato para cerciorarse de que ni ha crecido ni se mueve.

—¡Varka; friega el portal!... ¡Los parroquianos se van a escandalizar si lo ven tan sucio!

Varka friega los escalones, arregla el cuarto, aviva el fuego, y corre al taller. Hay mucho que hacer, y no le queda un momento libre.



Pero nada le aburre tanto como sentarse junto al fregador y mondar patatas. Se le dobla la cabeza, las patatas brillan ante sus ojos, se le cae el cuchillo. y a su alrededor va y viene, sin cesar, el ama, con las mangas remangadas y hablando en tono chillón que se clava en los oídos de Varka. El servir a la mesa, el freír y el zurcir son otras tantas torturas. Hay, en verdad, momentos en que, a pesar de las consecuencias, siente impulsos de echarse al suelo y dormir.

Transcurre el día. Y contemplando como se van obscureciendo las ventanas, Varka se oprime las sienes abotagadas y, sin saber por qué, se sonríe. La obscuridad parece acariciar sus párpados cansados y prometerle pronto un buen sueño. Pero al anochecer la casa del zapatero se llena de visitas.

—¡Varka, prepara el samovar! — grita el ama.

El samovar es pequeño y, antes de que los visitantes se cansen de beber té, es necesario llenarlo y calentarlo cinco veces por lo menos. Después del té, Varka tiene que quedarse durante una hora mirando a los visitantes y aguardando órdenes.

—¡Varka, acércate a la esquina y trae tres botellas de cerveza!

Varka salta de su asiento, y más que corre vuela, para espantar el sueño.

—¡Varka, vé por vodka! Varka. ¿dónde has puesto el tirabuzón? ¡Varka, limpia los arenques!

Por fin se van las visitas. Se apagan las chimeneas. Los amos se meten en la cama.

—¡Varka, el niño está llorando!... ¡Mee la cuna! — dice el último mandato.

En la chimenea chirria un grillo. El verdusco manchón del techo y las sombras de los pantalones y de los pañales de nuevo comienzan a danzar ante los ojos semi-cerrados de la niñera. Se burlan de ella, la martirizan, y acaban por metérsele en los sesos. Ella balbucea:

Na... na. Na... na  
duerme niño chiquito.  
hasta mañana...

El niño llora, brama, aulla... En el cerebro de Varka surgen nuevamente la carretera fangosa, los hombres con alforjas a cuestas, su madre Pelageya y su padre Yéfim. Se acuerda de ellos, los reconoce a todos. Pero, en su somnolencia, no puede compren-

der cuál es la horrible fuerza misteriosa que la ata de pies y manos, que la aplasta, y convierte su vida en un perenne martirio. Mira a su alrededor en busca del genio del mal que se complace en atormentarla sin descanso. Pero no puede encontrarlo. Por último, exasperada, concentrando en los ojos todas sus exhaustas energías, mira atentamente al manchón verdoso del techo, y al oír el llanto de la criatura, por fin descubre al demonio que está consumiendo su vida.

¡El niño es el dominio!

Varka lanza una carejada. Está asombrada. ¿Cómo es posible que nunca, hasta ahora, se haya dado cuenta de una cosa tan sencilla? Todo lo que la rodea —el manchón verdusco, las sombras y el grillo— parece participar de su asombro y reírse de su pasada estupidez.

En el cerebro de Varka ha surgido repentinamente una idea. La idea se apodera de su acción. Varka se levanta de la banqueta, y, riéndose, con los ojos desmesuradamente abiertos, recorre a zancadas la habitación. La idea de que pronto se va a ver libre del genio maligno que durante tanto tiempo la ha estado mortificando, llena su alma de esperanza y de alegría.

—Matar al niño, y, después, ¡a dormir! ¡a dormir! ¡a dormir!...

Y sonriendo, y apretando los dientes, y amenazando con los dedos crispados al manchón verdoso que temblequea en el techo, Varka se arroja, encorvada, sobre la cuna, y estrangula a la criatura... En seguida se echa al suelo, y rebotando felicidad al pensar que al fin va a poder dormir a sus anchas, se queda tan profundamente dormida, en un instante, como el niño muerto.

## UNA NOCHE HORRIBLE

**J**UAN Petrovich Panikidin palideció, bajó la mecha de la lámpara y comenzó con voz quebrada: Una niebla sombría e impenetrable cubría la tierra cuando, una noche de noviembre de 1883, volvía yo a mi domicilio, de ver a un amigo, muerto ahora, en cuya casa habíamos asistido varios a una larga sesión de espiritismo. Las callejuelas por donde pasaba parecían, no sé por qué razón, no estar alumbradas, y tenía que hacer el camino poco menos que a tientas.

Vivía entonces en Moscú, cerca de la iglesia de la Resurrección, en casa de un funcionario del estado llamado Trupof, sita en un rincón de los más desiertos del barrio Arbate. En el trayecto mis pensamientos eran penosos, abrumadores...

“Tu vida toca a su fin... Arrepiéntete...”

Esta era la frase que, en el curso de la sesión, me había dicho Spinoza, cuyo espíritu habíamos conseguido evocar. Había pedido su repetición, y el platillo no solamente había repetido dicho frase, sino que había agregado:

“Esta noche”.

Yo no creo en el espiritismo, pero la idea de la muerte, o una simple alusión a la muerte, me sume en el abatimiento. La muerte, señores, es inevitable, es común; pero, a pesar de eso, la idea de ella es contraria a la naturaleza del hombre... En esos momentos, en que las tinieblas impenetrables y frías me envolvían, y delante de mis ojos se arremolinaban con furor las gotas de la lluvia, y arriba de mi cabeza gemía el viento quejumbrosamente; en esos momentos, en que a mi alrededor no veía un alma viviente, no oía una voz humana, embargaba todo mi ser un terror indefinible e inexplicable. Y yo, que estoy libre de toda clase de preocupaciones; apretaba el paso temeroso de mirar detrás de mí, ni de lado siquiera. Me parecía que, en cuanto volviera la cabeza, vería con toda seguridad a la muerte bajo la forma de un fantasma.

(Panikidin suspiró fuertemente, bebió un trago de agua, y continuó):

Este medio indefinible, pero comprensible para ustedes, no me abandonó, ni cuando, después de haber subido al cuarto piso de la casa Trupof, abrí la puerta y entré en mi pieza.

En mi modesta vivienda reinaba una obscuridad completa. El viento lloraba dentro de la chimenea de la estufa, y, como si pidiera hospitalidad, golpeaba a la puerta del fogón.

Si voy a creer a Spinoza, me dije sonriéndome, esta noche tendré que morir arrullado por el rumor de esta queja. Con todo, la cosa es dura.

Encendí un fósforo. Una ráfaga furiosa pasó por sobre el techo de la casa. La queja tranquila se transformó en un rugido perverso: Abajo, en alguna parte, una contraventana medio arrancada se puso a dar golpes, y la puerta de mi estufa empezó también a pedir socorro llorosamente...

En una noche como ésta, pensé, es triste no tener asilo.

Pero el momento no era propicio para que me dejara arrastrar a semejantes reflexiones. Cuando el azufre de mi fósforo empezó a arder con una llama azul y pude echar una ojeada circular a mi pieza, un espectáculo inesperado y horrible se ofreció a mis ojos... ¡Qué lástima que una corriente de aire no hubiera apagado el fósforo! Porque, entonces, tal vez yo no habría visto nada y los cabellos no se me habrían puesto de punta. Solté un grito, dí un paso hacia la puerta, y, lleno de terror, de desesperación y de asombro, cerré los ojos...

En medio de la pieza, había un ataúd.

La llama azul no había ardido por mucho tiempo, pero yo había alcanzado a distinguir el brocado de ese ataúd. Había visto el brocado rosa chispeante con sus lentejuelas, había visto la cruz de pasamanería dorada sobre la tapa. Hay cosas, señores, que se graban en la memoria aun cuando uno no las haya visto más que un instante. Esto fué lo que pasó con ese ataúd. Lo vi durante un segundo solamente, pero lo recuerdo hasta en sus más mínimos detalles. Era un ataúd para persona de mediana estatura, y, por su color rosado, parecía destinado a una niña. El brocado de gran valor, los pies, las manijas de bronce, todo hacía ver que el difunto era rico.

Salté de la pieza a todo correr, y, sin reflexionar, sin

pensar, enteramente bajo la influencia de un terror indecible, bajé las escaleras.

Estas y el corredor estaban a oscuras, los pies se me enredaban en el sobretodo y es extraño que no haya caído entonces al suelo quebrándome el pescuezo. Al llegar a la calle, me apoyé en el poste mojado del reverbero y traté de serenarme. El corazón me latía horriblemente, había perdido el aliento...

(Una de las damas que escuchaban bajó la mecha de la lámpara, se acercó más al narrador, y éste prosiguió):

No me habría sorprendido el encontrar en mi pieza un principio de incendio, un ladrón o un perro rabioso... No me habría sorprendido si el cielo raso se hubiera desplomado, si el piso se hubiera hundido, si las paredes se hubieran caído...

Todas estas son cosas naturales y comprensibles. Pero ¿cómo había podido entrar en mi pieza ese ataúd? ¿De dónde había salido? Era un ataúd de lujo, para mujer, para una niña rica evidentemente; ¿cómo había podido ir a parar al tugurio de un empleado insignificante? ¿Estaba vacío, o contenía algún cadáver? ¿Quién era esa joven patricia que había dejado este mundo para siempre y que me hacía tan extraña y terrible visita? ¿Angustioso secreto!

Si esto no es un milagro, es un crimen. He ahí la idea que cruzó por mi mente.

Me perdía en conjeturas. La puerta había estado cerrada durante mi ausencia, y el lugar donde se encontraba la llave era conocido solamente por algunos amigos íntimos. Pero no podían ser amigos los que habían llevado allí ese ataúd. En cambio, podía ser que lo hubieran llevado por error los enterradores. Mal informados, se habían equivocado tal vez de piso o de puerta, y habían metido el ataúd donde no hacía falta. Pero todos sabemos que nuestros enterradores no se retiran sino después que se les ha pagado su trabajo, o, en todo caso, cuando se les ha dado ya la propina.

Los espíritus han predecido mi muerte, pensé. ¿No serán ellos mismos los que se han tomado el trabajo de suministrarme también el ataúd?

No, no creo, señores, ni he creído nunca en el espiritismo, pero esa coincidencia podría haber puesto de humor místico hasta a un filósofo.

¡Qué estupidez es todo esto! exclamé. ¡estoy temblando como un escolar! Ha sido una ilusión de óptica y nada más. Entré en la pieza tan tristemente impresionado que no es extraño que mis nervios enfermos me hayan hecho ver un ataúd... Seguramente ha sido una ilusión de óptica. ¿Podría ser acaso otra cosa?

La lluvia me azotaba el rostro y el viento sacudía los faldones de mi abrigo y amenazaba arrebatarme el sombrero... Estaba transido de frío y calado hasta los huesos. Era menester que fuera a guarecerme en alguna parte; pero ¿adónde? Si volvía a mi pieza correría el riesgo de ver otra vez el ataúd, y ese espectáculo era muy superior a mis fuerzas. Sin un alma viviente junto a mí, sin oír voz humana alguna, quedarme encerrado allí a solas con ese ataúd, en el cual quizá había un cadáver, era poner en peligro mis facultades mentales. Pero dejarme estar en la calle bajo la lluvia torrencial y expuesto al frío era también imposible.

Decidí ir a pasar la noche en casa de mi amigo Upakoief, el que, como ustedes saben, se suicidó no ha mucho. Upakoief vivía entonces en la casa amueblada de Cherepof, en la calle Neurtyv.

(Panikidín se enjugó el sudor frío que corría sobre su rostro pálido y, después de haber suspirado penosamente, continuó):

No encontré a mi amigo en su casa. Después de llamar a la puerta de su pieza, y cuando me hube convencido de que el hombre no estaba allí, busqué la llave a tientas sobre el canto superior del marco de la puerta, abrí y entré. Dejé caer al suelo mi sobretodo empapado, y después de haber dado con el diván me senté en medio de la obscuridad para descansar. Todo estaba envuelto en tinieblas. En el ventilador, el viento zumbaba tristemente. En la estufa, un grillo hacía oír su canto monótono. En ese momento daban las doce en el Kremlin. Encendí vivamente un fósforo. Pero la luz no me libró de mi melancolía. Todo lo contrarió; un miedo terrible, indécible, volvió a apoderarse de mí y eché una ojeada recelosa por la pieza... Lancé un grito, me puse de pie tambaleando, y, perdiendo otra vez la cabeza, me precipité fuera del aposento...

En la pieza de mi amigo acababa de ver también un ataúd...

El ataúd de mi amigo era casi dos veces más grande que el mío, y su guarnición de color castaño le daba un aspecto particularmente triste. ¿Cómo se encontraba allí? Era imposible dudar ya que se trataba realmente de una ilusión de óptica. No podía haber un ataúd en todas las piezas. Evidentemente, eso era una enfermedad de mis nervios, una alucinación. Poco importaba ya el sitio adonde fuera, desde que en todas partes tendría ante mis ojos la imagen espantosa de la Muerte. Era indudable que me estaba enloqueciendo, que había empezado a asediarme la manía de los ataúdes, y no había que andar mucho para dar con la razón de mi locura: bastaba recordar la sesión de espiritismo y las palabras de Spinoza.

¡Estoy perdiendo el juicio! pensé aterrorizado, tomándome la cabeza entre las manos. ¡Dios mío! ¿qué hacer?

Mi cabeza amenazaba estallar, las piernas me flaqueaban... Llovía a torrentes, el viento me traspasaba, y no tenía sobre mí ni el abrigo ni el sombrero. En ir a buscar estas prendas a la casa amueblaría no había ni que pensar. El miedo me oprimía, y paralizaba todos mis miembros. Los cabellos se me poían de punta, un sudor frío me corría por la cara, a pesar de mi afán por convencerme de que se trataba de una alucinación.

¿Qué iba a hacer? Estaba perdiendo el juicio y corría serio peligro de helarme. Por suerte recordé que no lejos de la calle Neurtvy vivía uno de mis buenos amigos, el doctor Pogostof, recién graduado, y que precisamente había asistido conmigo a la dichosa sesión de espiritismo. Me apresuré a ir a verlo... Entonces no se había casado aún con la rica comerciante que es hoy su esposa, y vivía en el quinto piso de la casa del consejero de estado Kladbischenski.

Estaba escrito que, en casa de Pogostof, mis nervios tenían que sufrir otra tortura. Subía ya al quinto piso cuando oí un ruido terrible. Allá arriba, alguien corría golpeando fuertemente el piso con los pies y dando portazos. Llegaban hasta mí gritos desgarradores: "¡Auxilio! ¡socorro! ¡porteros!" Y un momento después vi que bajaba desatentamente a mi encuentro una sombra lúgubre envuelta en un sobrecodo y coronada por una galera de felpa apabullada...

— ¡Pogostof! — exclamé reconociendo a mi amigo.  
— ¿Es usted? ¿Qué le sucede?

Al llegar junto a mí, Pogostof se detuvo y me tomó convulsivamente la mano. Estaba pálido, respiraba ansiosamente y temblaba. Tenía los ojos azorados y el pecho hinchado.

— ¿Es usted, Panikidín? — me preguntó con voz sorda. — ¿Es usted realmente? Está blanco como un muerto que saliera de la tumba... ¿No es un espectro?... ¡Dios mío! ¡tiene una cara espantosa!

— ¿Pero qué es lo que le pasa? — le pregunté a mi vez. — Usted también tiene la cara descompuesta.

— ¡Ah querido! ¡déjeme respirar!... ¡Cuánto me alegra verlo, si es que en realidad es usted en persona y no se trata de un fantasma!... ¡Maldita sesión de espiritismo!... Me ha trastornado los nervios de tal modo que, al volver a casa, figúrese usted, he visto en medio de mi pieza... ¡un ataúd!

Yo no quería dar crédito a mis oídos y rogué a mi amigo que repitiera sus palabras.

— ¡Sí! ¡un ataúd! ¡un verdadero ataúd! — dijo el doctor sentándose en un escalón, completamente extenuado. — Yo no soy miedoso, pero el mismo diablo se asustaría si, después de una sesión de espiritismo, tropezara con un ataúd en medio de la obscuridad.

Tartamudeando, hablé a mi vez al doctor de los ataúdes que yo había visto...

Entonces, por un minuto nos quedamos mirándonos los dos de hito en hito, con los ojos y la boca desmesuradamente abiertos de asombro. Luego, para convencernos de que no estábamos alucinados, empezamos a pellizcarnos.

— A los dos nos duele, — dijo el doctor; — por consiguiente, no dormimos en este momento ni estamos soñando. De modo que los ataúdes, el mío y los dos de usted, no son ilusiones de óptica; existen efectivamente. ¿Qué haremos ahora, amigo mío?

Después de habernos dejado estar en la escalera helada una hora entera, perdiéndonos en conjeturas y en suposiciones, completamente ateridos de frío, resolvimos mandar al diablo toda pusilanidad, despertar al criado del corredor y entrar con él en la pieza. Y así lo hicimos. Una vez en el aposento, encendimos una bujía y vimos en efecto un ataúd guarnecido de brocado blanco, con una franja dorada y con borlas. El criado se santiguó piadosamente.

— Ahora se puede ver, — dijo el doctor, pálido y



temblando de pies a cabeza. — si el ataúd está vacío o habitado.

Después de una larga y comprensible hesitación, el doctor se agachó; y, con los dientes apretados por el miedo y la ansiosa expectativa, levantó la tapa del féretro. Miramos dentro de él, y... estaba vacío...

No había allí ningún cadáver, pero en cambio descubrimos una carta que decía lo siguiente:

“Mi querido Pogostof: Como sabes, los negocios de mi suegro andan mal. Estamos de deudas hasta el cuello. Mañana o pasado mañana vendrá a casa el oficial de justicia a embargar las existencias; esto será el golpe de gracia para la familia de él y para la mía también, y nuestro honor, que es lo que más me interesa, quedará por los suelos. Ayer, en consejo de familia, hemos resuelto ocultar todo lo que pueda tener algún valor. Como todo el capital de mi suegro consiste en ataúdes (pues, como sabes, es el mejor fabricante de cajones de la ciudad), hemos resuelto hacer desaparecer los más valiosos. Recorro a tí, como a un buen amigo... ;ayúdame! ;salva mi fortuna y nuestro honor! Seguro de que querrás prestarnos este servicio, te envío, querido amigo, uno de esos ataúdes, y te ruego que lo escondas y lo conserves en tu casa hasta que yo te lo pida. Sin el auxilio de nuestros amigos y conocidos, en estas circunstancias, nos perderemos irremisiblemente. Espero que no me negarás este favor, tanto más cuanto que el ataúd no estará en tu casa más que una semana. He hecho una remesa igual a todos los que considero verdaderamente amigos míos, y confío en la generosidad y en la honradez de ellos. Tu amigo que te quiere. — Juan Chelustín”.

Después de esta aventura tuve que atender tres meses mis nervios desequilibrados. Nuestro amigo, el yerno del fabricante de ataúdes, ha salvado su honor y su haber; tiene, ahora, una empresa de pompas fúnebres y vende monumentos funerarios. Pero como sus negocios no marchan muy bien todavía, todas las noches, al volver a casa, temo encontrar siempre al lado de mi cama alguno de esos monumentos de mármol blanco, o un catafaleo.

## LA ZAMPOÑA

**S**OFOCADO por el aire denso de la maleza, cubierta de telas de araña y pinchos de abeto. Melitón Chichkine, intendente del cortijo de Dementievo, caminaba con el fusil a la espalda por el lindero del bosque. Su perra Damka, mezcla de utler y sabusco, preñada y extraordinariamente flaca, se arrastraba tras él escurriendo su cola mojada y haciendo esfuerzos para no pincharse en el hocico: La mañana era desagradable y nublada.

Por todas partes helechos y árboles estaban empañados ligeramente por gruesas gotas de agua. El bosque exhalaba un hedor acre, como a podrido.

En la parte donde terminaba la maleza se veían abedules y entre sus troncos el espacio gris, humoso. Detrás de los abedules, un pastor tocaba una flauta que él mismo había construido. No hacía sonar más que cinco o seis notas que alargaba perezosamente, sin tratar de unir las en algún motivo; había por tanto en sus agudos silbidos algo áspero y extraordinariamente triste.

Cuando la maleza se aclaró ante él y cuando los abetos se mezclaron con abedules jóvenes, distinguió el rebaño Melitón.

Caballos con las manos trabadas, vacas y ovejas vagaban entre los arbustos rompiendo ramas y pastando la hierba silvestre. En la linde, el pastor viejo y flaco, vestido con un caftan desgarrado, sin sombrero, se apoyaba en un tronco. Miraba al suelo ensimismado y tocaba su flauta, sin duda maquinalmente.

—¡Abuelo, Dios le guarde; buenos días! — dijo Melitón abordándole, con una voz agria y aguda que no se avenía bien con su gran estatura y su figura carnosa. — ¿Sabes que tocas bien la flauta? ¿De quién es ese rebaño?

—Es de Artamonovskoe — dijo el pastor de mala gana, mientras apretaba contra el pecho su canutillo.

—De modo que este bosque es de Artamonovskoe?

— preguntó Melitón, mirando a su alrededor. — ¡Ah, es suyo este bosque! Sin duda me he extraviado. Me he desgarrado toda la ropa en los zarzales.

Se sentó en el suelo y comenzó a liar un cigarrillo con papel de periódico.

Todo en este hombre, su sonrisa, los botones de su chaqueta, sus ojillos y la gorra que apenas se sostenía en su cabeza rapada, eran como su voz pequeños y no guardaban relación ni con su estatura, ni con la anchura de su espalda, ni con su enorme corpachón. Cuando hablaba o sonreía, tenía su cara afeitada esa expresión humilde y medrosa propia de tímidos campesinos.

— ¡Qué tiempo, Dios nos asista! — dijo sacudiendo la cabeza. — Aun no se ha terminado de coger la avena y cualquiera diría que se ha vendido ya...

El pastor miró al cielo de donde comenzaban a caer grandes gotas de lluvia, miró después al bosque, a las ropas mojadas del intendente, meditó y no dijo nada.

— ¡Todo el verano así! — suspiró Melitón — Malo para los mujiks y malo para los amos. El pastor miró de nuevo al cielo y después, pausadamente, como si fuese rumiando las palabras, dijo:

— En todo pasa lo mismo, no llega nada bueno.

— ¿De caza, hay algo? — preguntó Melitón — ¿Has visto algún nido de gallos silvestres?

El pastor tardó en responder, aun miró otra vez al cielo, pensó un poco, entornó los párpados... Daba indudablemente gran importancia a sus palabras y para aumentar su valor se esforzaba en pronunciarlas arrastrándolas con cierta solemnidad. La expresión de su cara era fina y grave, como la de los viejos, parecía burlona y astuta porque una herida que le cortó la nariz, al cicatrizar hizo que las membranas de ésta, quedasen para siempre levantadas.

— No, me parece que no he visto ninguna — contestó al fin el pastor — nuestro cazador dice que en la tarde de Santa Flia levantó una clueca cerea de Pantochüo pero debe ser mentira. Hay pocos pájaros.

— ¡Sí, hermano, pocos! Por todas partes hay pocos. Verdaderamente, la caza no vale la pena. No hay nada que cazar y lo poco que hay no se encuentra fácilmente. Es tan poco que no vale el trabajo de buscarlo.

Melitón hizo un gesto de desaliento.

—Lo que sucede ahora es cosa de risa. Hoy día el pájaro es estupendo; se pone tarde a empollar y para San Pedro no ha sacado aún. Palabra de honor.

—Con todo sucede lo mismo — dijo el pastor levantando la cabeza hacia el cielo. — El año pasado había poca caza, este año hay menos todavía y con seguridad, dentro de cinco años no hay nada. Lo dicho, dentro de poco, no digo caza, ni un pájaro ha de haber.

—Tienes razón — afirmó Melitón, pensativo.

El pastor sonrió amargamente.

—¡Es asombroso! — dijo — ¡Y en qué poco tiempo ha sucedido esto! Hace veinte años, bien me acuerdo, había aquí ocas y grullas; de patos y gallos silvestres bandadas y bandadas! Cuando los señores salían de caza se escandalizaba esto con el sonar de los cepetazos. De becadas y chorlitos ¡qué sé yo lo que había! ¡como gorriones! ¡Dónde ha ido a parar todo aquello? Ya no se ven más que malos pájaros... Pasarán como las nubes, las águilas, los halcones, los buhos... Todo ha disminuído. Hoy es un milagro encontrar un lobo o un ciervo ¡y no digamos nada un oso o una nutria... En otro tiempo hasta el ante abundaba!

—De año en año, desde hace cuarenta, vengo observando las cosas de Dios y estoy convencido de que en todo sucede lo mismo. ¡Cada vez peor! Hay que ir pensando en el fin. Yo creo que le va llegando al mundo la hora de la muerte.

El viejo se puso la gorra y tornó a mirar al cielo.

—¡Es una lástima! — suspiró después de un momento de silencio. — ¡Qué pena, Dios mío!... ¡Hágase tu voluntad! ¡El mundo no se creó para nosotros! Y si nos afligimos porque un árbol se seca o porque se nos muere una vaca ¿qué vamos a hacer, viendo cómo el mundo se convierte en polvo? ¡Jesucristo, cuánta cosa buena! El sol, el cielo, los arroyos, los niños, la nieve, el agua. ¡Todo esto creado, en orden, con su objeto y en su sitio; todo esto deberá morir!

Una melancólica sonrisa iluminó el rostro del pastor, que comenzó a parpadear.

—¿Quieres decir que pronto acabará el mundo? — dijo Melitón pensativo. — Es posible que sí, pero no

debe juzgarse por los pájaros. ¡No creo yo que el pájaro sea un indicio de tal cosa!

—No son sólo los pájaros — dijo el pastor. — Son también los animales salvajes, y el ganado, y los insectos, y los peces. Si no lo crees pregunta a cualquier viejo; todos te dirán que el pescado no es ni sombra de lo que era. En los mares, en los lagos, en los ríos hay de año en año cada vez menos. Me acuerdo que en Pestehanka, se pescaban sollos y había lotas, sargos y toda clase de pescados; ¡aquello había que verlo! y ahora gracias que se pesque un sollo o una mala portiga. De la verdadera portiga, de la tenca, no queda ni una. Todo va de mal en peor, aguarda un poco y no quedará ni un sólo pez. Si quieres mira los ríos y verás; todos se secan.

—¡Tienes razón!

—¡Ah, ni qué decir tiene! Y cada año van siendo más pequeños; ya no ves los remolinos que antes había; ¿ves allá abajo aquellos arbolitos? — preguntó el viejo señalando un punto. — Detrás está el antiguo cauce del Pestehanka; en tiempos de mi padre, por allí corría el río, ahora mira dónde fué a llevarse el diablo. Después volverá a cambiar, hasta que se seque del todo. Detrás del Rosergassovo había lagos y pantanos. ¿Dónde están ahora? ¿Y los arroyos? Aquí, en este mismo bosque había un arroyo, pero un arroyo tan grande, que en él los mujiks pescaban sollos; el pato salvaje invernaba por aquí cerca, y ahora ni en las épocas de grandes avenidas, puede llamarse agua lo que hay... ¡Sí, amigo, sí; por dondequiera que mires, por todas partes está el mal; por todas partes!

Hubo un silencio. Melitón, con los ojos fijos, pensaba. Quería recordar algo de la naturaleza que no fuese víctima de la ruina que lo invadía todo. En el barro y en las líneas diagonales de la lluvia brillaban a veces, como sobre un cristal deslustrado, puntos luminosos que se extinguían al instante: era el sol que trataba de romper las nubes para lanzar una mirada a la tierra.

—Sí, y los árboles también — murmuró Melitón.

—Los árboles también — repitió el pastor. — Se los corta, arden, se secan y no nace ninguno nuevo. Todos los que crecen, en seguida se cortan; ¡hoy sale y mañana ya se puede ver lo cortado! Así seguiremos

hasta el día en que no quede nada. Yo desde los tiempos de la libertad guardo el rebaño; antes de esto era pastor en casa de los señores; guardaba allí en aquel mismo sitio y desde que veo no recuerdo día de verano en que yo no estuviese allí. Yo observo constantemente las cosas de Dios; he examinado bien todos mis años y estoy convencido de que hasta las plantas vienen a menos. Fíjate si no, en el centeno, en la avena, en cualquier florecilla; todo lo mismo.

—En cambio, han mejorado las personas — observó el intendente.

—¡Mejorar! ¿En qué?

—Tienen cada vez más inteligencia.

—Más inteligencia, tienen más inteligencia, es verdad, querido. ¿Pero a qué nos conduce? ¿Qué ceniza dejará la razón del hombre cuando muera? Para morir, maldita la falta que hace la sabiduría. De poco ha de valerle al cazador la ciencia, si no encuentra caza. Yo creo que Dios ha dado la inteligencia al hombre, sí, pero también le ha dado la fuerza. Las personas son débiles, hasta dejarlo de sobra; aquí tienes por ejemplo yo; yo no soy nadie, soy el último mujik del pueblo, pues yo soy forzado; ya ves, estoy en la sexta decena! todo el día cuido mi rebaño y aún por la noche guardo los caballos; pues con todo eso, no tengo sueño, no tengo frío! Mi hijo, sin embargo, es más sabio que yo, pero ponle en mi lugar y mañana pedirá aumento de sueldo o se tendrá que ir a que le cuiden. ¿Sabes tú por qué es esto? Yo no como más que pan y sigo pidiendo “el pan nuestro de cada día dánosle hoy” ; mi padre, fuera del pan, nada comía tampoco! y lo mismo mi abuelo. Pero al mujik de hoy te es preciso té y vodka y pan blanco y que se le deje dormir desde anochecido hasta el alba, y otra porción de mimos. ¿Y esto por qué? ;Porque es débil! No tiene fuerza para resistir. De buena gana no dormiría, pero los ojos se le cierran; no ha nacido hecho para esas cosas.

—Es verdad — aprobó Melitón — el mujik de hoy no vale gran cosa.

—Hay que confesarlo, cada año somos peores. ¿Hablabamos de los señores? Son más débiles aún que los mujiks. El señor de hoy lo ha aprendido todo, sabe de todo lo que hay que saber ¿y de qué le sirve? ;Da lástima verle! ;flaco, canijo! Parece un húngaro

o un francés. No tiene de varón más que el nombre: no tiene oficio ni beneficio; no se ocupa de nada que pueda interesarle. Permanece horas enteras, sentado pescando con una caña, o tumbado boca arriba leyendo un libro, o va a buscar a los mujiks para hablar a este y al otro. Si no tiene un céntimo se hace escrika. Vive así, sin pensar en ningún negocio. Antes, la mitad eran generales, ahora no son más que burgueses.

—Han empobrecido mucho — dijo Melitón

—Han empobrecido, porque Dios les va quitando las fuerzas y no se puede ir contra Dios.

Melitón miró de nuevo con fijeza a un punto del espacio. Después de un rato de silencio suspiró con su reposo y su amargura fingida con que suspiran las personas graves, sacudió la cabeza y dijo:

—¿Y de dónde viene todo esto? Pecamos mucho, nos hemos olvidado de Dios y va llegando el momento de que todo se acabe. Hay que confesarlo, el mundo no puede durar siglos y siglos; es preciso tener conciencia.

Movió el pastor la cabeza con gesto de resignación y como si quisiera poner fin a esta charla desagradable se alejó unos pasos del abedul y comenzó a contar las vacas por lo bajo.

—¿He... hee! — gritó. ¡Por vida del diablo! ¡Cuando reventaréis todas! ¡Pues no han ido a meterse en medio del zarzal! ¡He, hee!...

Malhumorado se fué hacia la maleza para reunir su rebaño. Melitón se levantó y comenzó a pasear lentamente por el lindero del bosque. Seguía queriendo recordar algo que aun no hubiese tocado la mente.

En las líneas oblicuas de la lluvia resbalaban chispazos de luz. Se filtraban por entre las ramas del bosque y se extinguían en las hojas mojadas. Danka encontró al pie de un árbol un erizo y queriendo llamar la atención de su dueño dió un ladrido que repercutió en todo el bosque.

—¿Ha habido eclipse por nuestro pueblo? — gritó el pastor, tras la maleza.

—Sí — respondió Melitón.

—¿Ah! En todas partes se quejan de lo mismo. Esto significa, amigo, que también en el cielo reina el desorden... Nada se escapa... ¡He, hee!...

Una vez conducido el rebaño junto al camino, el pastor se acercó al abedul, volvió a mirar al cielo, sacó

calurosamente de su pecho la zampoña y comenzó a tocar. Tocaba como al principio, maquinalmente, no sacando más que cinco o seis notas. Los sonidos, cual si tocase por primera vez, salían indecisos, sin orden, sin ligarse en tonada. Pero Melitón que seguía pensando en el fin del mundo, encontraba en ellos algo desagradable y triste que no podía expresar. Las notas altas temblaban y se rompían, como si la flauta, enferma o sobrecogida, llorase con inconsolable tristeza. Las notas bajas, recordaban el fango, los árboles secos y el cielo gris; semejante música parecía amoldada al tiempo, al viejo y a sus discursos.

Melitón, queriendo lamentarse, se acreó al viejo y mirando su cara melancólica y su flauta balbuceó:

—También se ha hecho más difícil la vida, abuelo. No hay medios para vivir... Malas cosechas, pobreza, enfermedades a cada momento... ¡La miseria ha vencido!

La cara regordeta del intendente se coloreó, adquiriendo una expresión inquieta de mujer tímida. Removió los dedos como si buscase algo para expresar lo que tan vagamente sentía y por fin dijo:

—Ocho hijas, mi mujer, mi madre que vive aún, todo hay que sostenerlo con diez rublos al mes; ¡así nos alimentamos! Mi mujer se ha convertido en un demonio por la miseria; yo... yo bebo a cada instante... Soy un hombre razonable, formal; tengo cierta instrucción, debía estarme en mi casa pacíficamente, y, sin embargo, me paso el día corriendo de un lado para otro, como los perros, porque no puedo más; ¡mi casa ha llegado a serme odiosa!...

Observando el intendente que hablaba de una cosa que no quería hablar hizo un gesto como renunciando a aquel asunto y dijo amargamente:

—Si el mundo se ha de acabar que se acabe pronto! Es gana de hacer sufrir a las personas para nada...

El viejo separó la flauta de sus labios y cerrando un ojo miró por su boquilla. Estaba lúgubre su cara y cubierta como de lágrimas por gruesas gotas de agua. Sonriendo dijo:

—¡Es una verdadera lástima, hermano! ¡Dios mío, qué pena! ¡La tierra, los bosques, el cielo, los animales; todo ha sido creado ordenadamente y todo con su por qué. Todo para nada porque todo perecerá. Y lo que es peor, los hombres!...



La lluvia comenzó a sonar en el bosque con más fuerza. Melitón miró hacia el sitio de donde partía el ruido y se abrochó los botones.

—Me voy hacia el pueblo. Adiós abuelo. ¿Cómo te llamas?

—Sonka, el pobre.

—¡Vaya, adiós Sonka! Y gracias por tus buenos consejos... ¡Toma, Sonka!

Melitón costeó lentamente el río, después tomó por la pradera abajo, que poco a poco se hacía más fangosa.

El agua chapoteaba bajo sus pies y el espergano, fresco y verde aún, se inclinaba como si tuviera miedo de que se anduviese sobre él. Al otro lado del pantano, en la ribera del Pestchanke que nombró el viejo, había unos sauces y detrás azulaba una troje. Sentía la llegada de la noche, de esa hora inconjurable que hace negros los campos, la tierra sucia y fría; esa hora en que los sauces lloran revistiéndose aun de más tristeza; la hora en que solo las grullas escapan al desastre común y en la que estos mismos pájaros, como si temiesen ofender con sus dichas a la naturaleza contristada, lanzan, desde lo alto de los cielos, su canto melancólico y angustioso.

Melitón ganaba el río, escuchando detrás de él cómo morían poco a poco los sonos de la zampoña. Todavía notaba necesidad de lamentarse. Miraba a su alrededor tristemente y sintió una opresora piedad del cielo, de la tierra, del sol, de los bosques y hasta de su propia perra.

En aquel momento, la nota más alta de la zampoña, volaba prolongándose en el espacio y temblaba como la voz de un hombre que llora, entristecida y apenada de los desórdenes que se ven en la naturaleza...

La nota aguda, temblona se desgarró en los aires. Ya no volvió a oirse la zampoña.

## ANGUSTIA

¿A quién confiaré mi pena?

**A** NOCHECE. Grandes copos de nieve giran perezosamente alrededor de las boquillas del gas; se detienen formando una capa esponjosa y suave, en los tejados, en los lomos de los caballos, en las espaldas y en los sombreros. El cochero Yona Potapov, está blanco como un fantasma; replegado sobre sí mismo, tanto como puede hacerlo un cuerpo humano, está sentado en su sitio, inmóvil; gran cantidad de nieve resbala por su cuerpo sin que se preocupe de sacudirla. Su caballo está inmóvil y blanco como él. Por la angulosidad de sus formas, por la rigidez de sus patas, por su inmovilidad, se asemeja a un caballo de azúcar de un kopetk. Yona está ensimismado en sus pensamientos. En efecto, haberle arrancado de su tierra, de sus familiares paisajes grises y haberle lanzado en este abismo monstruoso, de estrépido incesante, de personas que corren. ¿Cómo no pensar en todo esto?

Hace mucho tiempo que Yona y su caballo no se mueven. Salieron de la cuadra poco después del medio día y ni un servicio aún... y ya declina la tarde. Los innumerables focos de los faroles reemplazan a la luz natural. La agitación bulliciosa de las calles vá debilitándose. De pronto oye Yona:

— ¡Cochero, barrio de Viborg!

Yona se sobresalta y a través de sus pestañas llenas de nieve ve un oficial con capote y calado el capuchón.

— ¡Barrio de Viborg! — repite el oficial — ¿Estás durmiendo? ¡Barrio de Viborg!

Yona, obedeciendo, coge las riendas y al moverse caen de sus hombros, de su espalda y del lomo del caballo, montones de nieve. El oficial se sienta en el trineo. Yona excita al caballo con el chasquido de la lengua, se levanta, tiende una piel sobre sus piernas y más por costumbre que por necesidad hace sonar la fusta. El caballo, a su vez, alarga el cuello, encoge sus delgadas patas y se pone en movimiento con paso indeciso.

— ¡Bárbaro! ¿Por dónde te metes? — oye gritar Yona a los primeros pasos. — ¡Por la derecha hombre, por la derecha!

El oficial se incomoda.

— ¿Es que no sabes guiar?

Un cochero blasfema; un transeunte a quien el hocico del caballo ha rozado en la espalda al atravesar la calle, mira furiosamente a Yona y se sacude la mancha. Yona, como sobre arenas, se revuelve en su asiento, mueve los codos a uno y otro lado, giran sus ojos como los de un borracho y tiene aspecto de no saber dónde está ni por qué.

— ¡Qué holgazanes éstos! — murmura el oficial. — Parece que lo haga a propósito.

Yona se vuelve hacia su cliente y mueve los labios... sin duda quería decir algo, pero de su garganta no sale más que un ronquido.

— ¿Qué? — pregunta el oficial.

Una sonrisa se dibuja en el rostro de Yona, hace un esfuerzo y dice al fin, con voz enronquecida.

— Mi hijo, ha muerto esta semana.

— ¿Cómo?... ¿Y de qué ha muerto?

Yona vuelve la cara y dice:

— ¡Quién lo sabe! Yo creo que de fiebre... ha estado tres días en el hospital y ha muerto. Cúmplase la voluntad de Dios!

— ¡Aparta, imbécil! — grita una voz en la calle — ¿Estás ciego? ¡Abre los ojos!

— ¡Vamos, vamos! — dice el oficial — o no llegamos nunca! ¡Anda de prisa!

El cochero se levanta de nuevo y con un pesado movimiento agita el látigo. Varias veces se vuelve hacia el oficial, pero éste ha cerrado los ojos y no parece querer escucharle.

Una vez que el oficial se ha bajado en el barrio de Viborg. Yona se detiene cerca de un farol, se acomoda en su asiento y no se vuelve a mover. La nieve blanquea su caballo. Pasa una hora... otras.

Tres muchachos, haciendo sonar sus chanclos en la acera, se detienen discutiendo. Uno es pequeño y jorobado; los otros son delgados y altos.

— ¡Cochero, al punto de policía! — grita con voz temblorosa el jorobado. — Los tres veinte kopeks.

Yona coge las riendas y chequea la lengua.

Veinte kopeks es un precio risible, pero piensa en

ello: un rublo, cinco kopeks le bastarán con tal de tener clientes. Los jóvenes, entre insultos y empujones se aproximan al trineo. Discuten quién se ha de sentar y quién ha de quedarse de pie. Después de largo debate razonado con insultos y ademanes, deciden que el jorobado por ser el más pequeño, quede en pie.

—¡Vamos, anda! — dice el jorobado instalándose y golpeando nuevamente en el cuello a Yona. — Mueve tu látigo. ¡Vaya un sombrero que gastas, abuelo!

Yona se ríe:

—Je, je... ¿Qué tiene?

—¿Qué tiene, qué tiene? anda, anda. ¿Es que vamos a ir así todo el camino?

—La cabeza me arde — dice uno de los mayores. Ayer tarde en casa de los Dankmassov, Vaska y yo nos bebimos cuatro botellas de cognac.

—No comprendo cómo se puede mentir de esa manera! — exclama indignado el otro mayor. — Mientes como un bellaco.

—¡Que Dios me castigue si no es verdad!

—¡Tan cierto como el volar de un burro!

Yona sonríe:

—Je, je. Son muchachos alegres.

—¡A tí que te importa! — grita el jorobado — ¿Quieres andar, carcama! Vaya una manera de guiar. ¡Dale fuerté con el látigo! Anda, hombre, anda. ¡Duro con el látigo!

Yona nota en su espalda cómo fluye la voz temblorosa del cuerpo del jorobado que no cesa de moverse; oye las injurias que le dirigen, ve las personas y el sentimiento de soledad va dulcificándose insensiblemente en él. El jorobado vocinglea tanto que no cesa de hablar hasta que un acceso de tos se lo impide. Los dos mayores empiezan a hablar de un tal Nadejda Petrovara.

Yona se vuelve a cada momento para mirarles.

Aprovechando un momento de calma, se vuelve otra vez y murmura:

—¡Esta semana he perdido un hijo!

—¡Todos tenemos que morir! — suspira el jorobado secándose los labios, después de un golpe de tos. — ¡Vamos, quieres andar? Señores, decididamente yo no puedo continuar de este modo. ¡No vamos a llegar nunca!

—¡Ánimate un poco con un cogotazo!

— ¡Oyes carcamal? ¡Si se os fueran a guardar consideraciones tendríamos que ir siempre a pie. ¡Qué, te burlas?

Yona, aunque no los siente, oye el ruido de los golpes que le dan.

— ¡Je, je... tenéis buen humor... Dios os conserve la salud!

— Cobero, ¿estás casado? — pregunta uno de los mayores.

— ¡Yo? Je, je, je. Qué bromistas. En este momento mi mujer está en la tierra... enterrada quiero decir... ¡Ya véis! ¡Mi hijo se ha muerto y yo... yo vivo! ¡Mal negocio! La muerte se ha equivocado de puerta... En lugar de ir a mi casa fué a la de mi hijo...

Yona se vuelve para referir detenidamente la muerte de su hijo, pero el jorobado, lanzando un suspiro de satisfacción, anuncia que han llegado ya ¡a Dios gracias!... Yona recibe sus veinte kopeks y contempla a los jóvenes largo rato hasta verlos desaparecer en el fondo oscuro de un portal.

¡Solo otra vez! Y de nuevo empieza el silencio... La pena calmada por un instante renace y llena su pecho con mayor fuerza. Los ojos de Yona recorren ansiosos los grupos de gente que se apretuja en las aceras: ¿no encontraría en aquellos centenares de personas, una sola que le escuchase?... Pero todos pasan sin fijarse ni en él, ni en su pena...

¡Pena enorme, sin límites! Si el pecho de Yona estallara y su angustia se extendiese, él cree que anegaría el mundo entero; y sin embargo, nadie la ve! Iba ha sabido alojarse en una cubierta tan pequeña, que la oculta aun en pleno día, con mucha luz... Yona ve un vendedor con una cesta de mimbre y se decide a hablarle.

— Amigo — le dice — me hace el favor de decirme, ¿qué hora tiene?

— Las nueve dadas — le contesta.

Yona avanza algunos pasos, medita y se abandona a su pena. Comprende que dirigirse a los demás es cosa perdida...

No han pasado cinco minutos cuando se yergue, levanta la cabeza como si sintiera un dolor agudo y tira de las riendas.

— ¡No puedo más... A relevar — se dice — a relevar!

El caballo, como si comprendiese, comienza a trotar. Al cabo de hora y media escasa, se encuentra Yona en la cochera, sentado ante una gran cazuela de lomo. Hombres roncan alrededor, apoyados en la mesa, junto a la cazuela, por tierra y en los bancos... Yona mira a las personas que duermen y se rasca la cabeza apenándose por haber llegado tarde.

—No he ganado mi jornal — piensa; — por eso me aburro. Cuando un hombre ha cumplido con su deber, después de haber comido él y su caballo se encuentra tranquilo.

Un cochero joven se levanta de un rincón y gruñendo medio dormido va a beber un vaso de agua.

—¿Tienes sed?

—¡Sí!

—Pues entonces ¡a tu salud!... ¿Sabes que mi hijo ha muerto esta semana en el hospital? ¡Es toda una historia!

Yona quiere observar el efecto producido por sus palabras, pero no ve nada... El cochero joven ha ocultado la cabeza entre los brazos y duerme. Yona suspira y se rasca la cabeza... Hace una semana que murió su hijo y aun no ha podido decirlo a nadie con tranquilidad... era necesario referirlo por orden, pausadamente; referir cómo había caído enfermo; lo que había sufrido; lo que había dicho antes de morir y cómo había muerto... era preciso describir el entierro y la caminata al hospital para recoger su ropa; había que decir que en el pueblo dejaba una hija. Así había que hablar de todo aquello. ¡Tantas cosas hubiera contado Yona en aquel momento! El que le escuchara suspiraría, gemiría y sabría compadecerle. Referir todo esto a las mujeres sería aún mejor: son torpes pero con dos palabras se las hace llorar...

—Necesito ir a ver mi caballo — se dijo Yona; — ya tendré tiempo de dormir. ¡Bah! no hay miedo, dormiré bastante.

Se arropa y se dirige a la cuadra.

Piensa en la avena, en el centeno y en el tiempo que hace.

No puede pensar en su hijo cuando está solo... podría hablar a alguien, pero recordarle estando solo y representárselo en vida, es extraordinariamente doloroso.

—¿Comes? — pregunta al caballo fijándose en sus

Biblioteca de la Academia Argentina de Letras

# INDICE

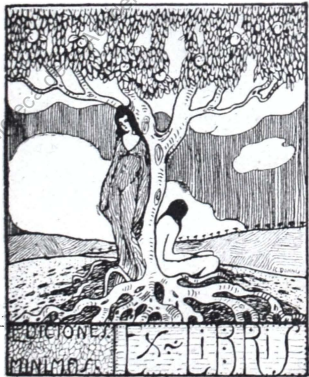
	PÁGS.
INTRODUCCIÓN .....	2
OJOS CON SUEÑO .....	5
UNA NOCHE HORRIBLE .....	10
LA ZAMPOÑA .....	17
ANGUSTIA .....	25

Biblioteca de la Academia Argentina de Letras

ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS  
BIBLIOTECA



Biblioteca Academia Argentina de Letras



DIRIGIDAS POR LEOPOLDO DURÁN

# CUADERNOS PUBLICADOS:

## AÑO PRIMERO

- |                        |  |
|------------------------|--|
| 1. ALMAFUERTE          | Evangélicas                              |
| 2. RABINDRANATH TAGORE | Poemas                                   |
| 3. JUAN B. JUSTO       | Labor Periodística                       |
| 4. JUAN PEDRO CALOU    | Breviario de los Tristes                 |
| 5. LAO - TSÉ           | El Libro del Sendero y de la Línea Recta |
| 6. RUBÉN DARÍO         | Cabezas                                  |
| 7. OSCAR WILDE         | Balada de la Cárcel de Reading           |
| 8. LEOPOLDO LUGONES    | Cuentos                                  |
| 9. EDGAR PÒE           | Las Campanas y otros poemas              |
| 10. JOSÉ INGENIEROS    | Psicología de la Curiosidad              |
| 11. CLEMENTE ONELLI    | Aguafuertes del Zoólogo                  |
| 12. ANDRÉS TERZAGA     | Líneas                                   |

## AÑO SEGUNDO

- |                                  |                          |
|----------------------------------|--------------------------|
| 13. RAFAEL ALBERTO ARRIETA       | Canciones y Poemas       |
| 14. ALMAFUERTE                   | Americas                 |
| 15. E. HERRERO DUCLOUX           | Del Diario de mi amigo   |
| 16. JOSÉ ENRIQUE RODÓ            | Parábolas                |
| 17. M. MEDINA BETANCORT          | Meditaciones             |
| 18. RABINDRANATH TAGORE          | Poemas                   |
| 19. MARIANA ALCOFORADO           | Cartas Amatorias         |
| 20. GIOVANNI PAPINI              | La oración del buzo      |
| 21. JOSÉ INGENIEROS              | La intimidad sentimental |
| 22. FRAY MOCHO (José S. Alvarez) | Cuentos                  |
| 23-24. RAFAEL OBLIGADO           | Santos Vega              |

## AÑO TERCERO

- |                     |                     |
|---------------------|---------------------|
| 25. JUAN MONTALVO   | Prosas              |
| 26. GIOSUÉ CARDUCCI | Odas Bárbaras       |
| 27. AGUSTÍN ALVAREZ | Ensayos y Anécdotas |
| 28. ANTON CHEKHOFF  | Ojos con Sueño      |

Cuaderno de próxima publicación:

**POESÍAS de GOYCOEHEA MENÉNDEZ.**

### SUBSCRIPCIONES:

SEMESTRE \$ 1.50 m/n. — AÑO \$ 3.00 m/n  
Número suelto 0.25 centavos  
" atrasado 0.40 "

OFICINAS: SÁENZ PEÑA, 178 — BS. AIRES